

LA BENDICION PROMETIDA A LAS NACIONES EL LLAMAMIENTO DE ABRAHAN (Génesis 12,1-9) UNA VISION PERSONAL DE LA KOINONIA

INTRODUCCION

Koinonía, tal como se usa en el tema de esta Quinta Conferencia Mundial de Fe y Constitución, es, estrictamente hablando, un concepto del Nuevo Testamento. Guarda relación, a mi modo de ver, con la comunidad de los seguidores de Cristo con Dios Padre, a través del Señor Jesús en el Espíritu y de la comunidad que ellos crearon sobre la base de su relación de fe y amor con el Dios trino. La detallada y perseverante reflexión sobre la epístola de San Pablo a los Gálatas que constituye el marco bíblico del programa de la conferencia nos llevará directamente, así lo esperamos, al corazón de la cuestión. Deberíamos encontrar amplio material en esa epístola para inspirarnos y estimularnos en el viaje hacia una mayor *koinonía* en la fe, la vida y el testimonio.

Mi tarea consiste en compartir con los miembros de esta conferencia una «visión personal» de la *koinonía* basada en un pasaje del Antiguo Testamento. Cada uno de los temas principales del Nuevo Testamento encuentra amplia ilustración y prefiguración en el Antiguo Testamento. Hay una unidad básica entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Apoyándose en la enseñanza de San Agustín sobre este punto, el Segundo Concilio Vaticano, en la Constitución dogmática sobre la divina Revelación *Dei Verbum*, n. 16, declara: «Dios, inspirador y autor de ambos Testamentos, en su sabiduría ha

dispuesto que el Nuevo esté oculto en el Antiguo y que el Antiguo se ponga de manifiesto en el Nuevo».

Entre los muchos pasajes del Antiguo Testamento que iluminan y abren perspectivas sobre el tema neotestamentario de la koinonía, he escogido el texto de Gn 12,1-9: la historia de la vocación de Abrahán. El relato trata no sólo de la vocación y la elección de una persona, sino que muestra también cómo esta vocación y elección se amplía para dar cabida y hacer participar a otros; a los descendientes y, en último término, a toda la humanidad. Mi esperanza es poner de manifiesto, a partir del relato de la vocación de Abrahán, el alcance ilimitado y en último término universal de la koinonía con Dios y en Dios.

Examinaremos ante todo el texto bíblico y su contexto, destacando elementos que son pertinentes para nuestro tema. Después, examinaremos brevemente las diferentes maneras de entender este episodio bíblico en la historia de Israel con la relectura y la reinterpretación del relato en el Antiguo Testamento. Finalmente, trataremos de determinar el significado que tiene hoy para nosotros este pasaje, cuando avanzamos hacia la koinonía en la fe, la vida y el testimonio, tanto dentro como más allá de los límites estrictos de la comunidad cristiana.

1. EL LLAMAMIENTO DE ABRAHAN

El relato de Gn 12,1-9 es sencillo, directo y muy conocido. Es no obstante un relato que tiene fuerza y amplias repercusiones en la historia de la nación israelita y de la humanidad en general. Tomaremos la narración tal como aparece en el texto inspirado, prescindiendo de las complejas y apenas concluyentes especulaciones de la llamada «hipercrítica» sobre cuestiones como autoría, fuentes hipotéticas y tendencias de la tradición. Sobre la cuestión de la historicidad, baste decir aquí que la erudición y la investigación más recientes han tendido a confirmar más bien que a desaprobado la posición tradicional de que Abrahán y los patriarcas fueron personajes históricos verdaderos y reales. Esto no excluye necesariamente elementos de ficción en la presentación literaria del relato. Pero según los cánones de la historiografía antigua, la historia de Abrahán no es menos histórica que cualquier otro

suceso histórico de aquel tiempo del que tengamos hoy testimonio. En cuanto al relato mismo, nos detendremos en tres elementos principales: el llamamiento, la misión y la promesa; todo en el contexto y en relación con la koinonía.

1.1. *El llamamiento*

El capítulo anterior había presentado a grandes rasgos la vida anterior de Abrahán: su genealogía semita, su entorno familiar inmediato, su emigración con su padre Téraj desde Ur de los Caldeos hacia la tierra de Canaán, pero deteniéndose en Harán (véase Gn 11,10-32). No hay nada en esta primera historia que singularice a Abrahán para la enérgica afirmación de Gn 12,1, «Yahweh dijo a Abrán...». Por lo que se refiere a este pasaje del Génesis, el llamamiento de Abrahán fue una elección totalmente gratuita de Dios. Algunas tradiciones posteriores del Antiguo Testamento tratarían de «mejorar» esta sencilla narración haciendo del llamamiento de Abrahán una recompensa de su rectitud en medio de un mundo confuso y malvado (Sb 10,5; Eclo 44,19-23; 1 Mac 2,52). La versión coránica de la vocación de Abrahán desarrolla esta tendencia con mayores detalles todavía. Pero no hay base en el relato original para este esfuerzo. Pablo habrá de recalcar más tarde la gratuidad de la promesa de Dios a Abrahán (Rom 4,16).

Las palabras del Génesis son tan sencillas como enérgicas: «Yahweh dijo a Abrahán». Yahweh escogió a Abrahán e hizo de él un «amigo», Is 41,8. No hay señales de que él tuviese un entendimiento espiritual superior ni una moralidad más sublime que otras personas de su clan o de su familia. Incluso el comportamiento de Abrahán en la corte del Faraón en el siguiente relato (Gn 12,10-20) pareció haber escandalizado al propio Faraón hasta el extremo de haber sido causa de la deportación inmediata de Abrahán.

A menudo imaginamos a Abrahán como un individuo selecto adorando al verdadero Dios en medio de un mundo de paganismo politeísta. El relato, indudablemente, presenta el llamamiento como una profunda experiencia personal de Dios por parte de Abrahán. Mas cuando examinamos el texto y vemos cómo practicaba realmente su vida religiosa, resulta ser básicamente un hombre de su tiempo. La idea de un Dios

que es un patrono y protector de la persona y de la familia parece muy corriente entre los nómadas de la antigua Mesopotamia. Se sabe ahora que los santuarios relacionados con los viajes de Abrahán a través de la tierra de Canaán existían ya como santuarios mucho antes de Abrahán. Las tradiciones de teofanías asociadas con los santuarios palestinos como Siquem (Gn 12,6) y Mamré (Gn 13,18), Berseba (Gn 26,23-25) y Betel (Gn 28,19) no pueden pues leerse aisladamente del contexto religioso de aquellos lugares sagrados. El incidente de Melquisedec (Gn 14,17-20) «un sacerdote del Altísimo» que bendijo a Abrahán y recibió diezmos de él muestra que Abrahán reconocía la validez de al menos algunos elementos del sistema religioso que encontró en Palestina.

De ahí que la religión de Abrahán y de los patriarcas haya sido descrita, creo que correctamente, como una síntesis de la religión de su Mesopotamia de origen y de su nueva tierra de residencia en Canaán; síntesis inspirada y guiada por la singular experiencia religiosa del llamamiento de Abrahán. De sus orígenes orientales trajeron «el Dios de nuestros Padres», una divinidad personal, típica de una existencia nómada. Esta divinidad está siempre presente para el devoto en todo lugar; un Dios de la historia que controla los destinos y los acontecimientos humanos. En Canaán encontraron el Dios-naturaleza, asociado con algún lugar sagrado identificable con un título específico en cada santuario; por ejemplo, aparte de El Elyón de Jerusalén (Gn 14,18), sabemos de Elohím en Berseba (Gn 21,23). Este sistema religioso corresponde bien a la existencia sedentaria de los canaanitas habitantes de ciudad. Abrahán realizó la síntesis de las dos imágenes de Dios identificando en el Él de los santuarios canaanitas al Dios que le llamó en Mesopotamia.

Todas las consideraciones que preceden tienden a sugerir que el Dios que llamó a Abrahán no era un nuevo Dios desconocido para Abrahán ni para aquéllos con quienes él mantenía relaciones de orden religioso. A menudo el llamamiento de Dios nos llega en el contexto normal de nuestras vidas, pero no por eso es menos exigente.

1.2. *La Misión*

«Deja tu tierra, tus parientes, y la casa de tu padre, para ir a la tierra que yo te mostraré». Abrahán fue llamado con un fin: para ser enviado en una *misión* que requiere fe en los proyectos de amor de Dios.

Frecuentemente se ha hecho notar el riesgo personal que el mandamiento de Dios entrañaba para Abrahán. Tenía que dejar atrás, rompiéndolos, los círculos concéntricos de las relaciones humanas que son garantía de la seguridad personal: la nación, el clan y la familia. Para el nómada, era un doble riesgo. Pero para Abrahán era un riesgo calculado, ya que sale para dejarse guiar por el Dios que le llama. En cuanto a la índole exacta de esta guía divina, el texto no da detalles. Se nos dice simplemente que Abrahán salió de Harán y «salió de allí para ir a la tierra de Canaán» (Gn 12,4).

Observamos que Dios guió a Abrahán a lo largo de la ruta usual de emigración de aquel tiempo: Ur-Harán-Canaán es una ruta comercial bien conocida hacia el siglo XVIII a.C. Aunque su historicidad se ponga a veces en duda, la información acerca de la migración de Téraj, de Ur con destino a Canaán (Gn 11,31) es instructiva a este respecto. El desplazamiento de Abrahán aparece como continuación de una migración anterior. «Salió de allí para ir a la tierra de Canaán» (Gn 12,4), mientras que Téraj tenía la misma intención y llegó sólo a Harán, donde se asentó. De nuevo vemos aquí la mano de Dios en lo que bien puede haber sido una conducta de lo más natural.

«Abrahán salió de Harán, tal como el Señor se lo había ordenado» (Gn 12,4), pero no fue solo. Tenía consigo a Lot, su sobrino, a su esposa Sarai y «a los esclavos que habían adquirido en Harán» (Gn 12,5). Había, pues, ya cierta forma de comunidad en el comienzo mismo de la misión de Abrahán. Siempre hay una dimensión comunitaria en nuestras relaciones más personales con Dios. De todas las personas descritas en la historia de fe de Abrahán, sabemos algo de Sarai y Lot. Me pregunto lo que significó todo esto para «los esclavos que habían adquirido en Harán». El hecho de que estas personas también fuesen afectadas más tarde por la ley de la circuncisión (Gn 17,27) parece sugerir cierto grado de compromiso personal con la fe de Abrahán.

Pero Abrahán a sus 75 años se sentía solo sin un hijo. La llegada de Ismael gracias a la mujer esclava, Agar, resultó ser un pobre consuelo (Gn 21,12).

1.3. *La Promesa*

La fe de Abrahán se basaba en las promesas de Dios. Al ser llamado, todas estas promesas se referían al futuro; promesas de tierra, nación y bendición. Abrahán entrevió apenas el cumplimiento de estas promesas mientras vivió. Vio la tierra prometida, pero no tomó posesión de ella, sino de la parcela que adquirió como tumba para su familia (Gn 23,3-20). La promesa de una nación dependía en forma precaria de su único hijo nacido libre, Isaac. En su promesa de bendición (12,3), Dios se compromete con la causa de Abrahán:

«Te bendeciré,
bendeciré a los que te bendigan
y maldeciré a los que te maldigan». (v. 3)

Pero hay también la dimensión universal de esta bendición: «por medio de ti bendeciré todas las familias de la tierra» v. 3.

La bendición de Dios abarca toda la creación, pero a menudo encauza su amor universal a través de algunas personas elegidas. En último término, la bendición de Abrahán tiene sentido únicamente en esa perspectiva universal.

El relato bíblico del llamamiento de Abrahán contiene profundas lecciones sobre la forma en que Dios trata a sus elegidos. Su elección es libre y gratuita; pero espera por nuestra parte una respuesta de fe y confianza. El llamamiento especial es para una misión que es tan ilimitada como universal es el amor de Dios. Por desdicha, los hombres tienden siempre a restringir el alcance del amor salvífico de Dios y a excluir a los que consideran distintos. La historia de los descendientes de Abrahán es una elocuente ilustración de cuanto decimos.

2. LOS DESCENDIENTES DE ABRAHAN

2.1. *Los Patriarcas*

En la narración bíblica sobre los patriarcas, se nos presenta la historia de la familia de Abrahán. Las promesas de las bendiciones que recibirá la familia son confirmadas a Abrahán (Gn 17,4-8) y repetidas a Isaac (26,2-5) y a Jacob (28,13-15), creándose así un fuerte sentido de destino familiar.

Pero la herencia de la promesa no estaba determinada por la descendencia de sangre únicamente: el elemento de elección divina permaneció en las tres generaciones de Abrahán, Isaac y Jacob. Isaac fue elegido entre los hijos de Abrahán, y Jacob fue preferido a Esaú, su mellizo primogénito. Resultó así que muchos «hijos de Abrahán» fueron excluidos de la promesa. Pero ni siquiera éstos quedaron excluidos del cuidado solícito de Dios: por ejemplo, Agar e Ismael en Gn 21,17-21, y Esaú en Gn 36,6-8.

La tradición presenta después a la mayoría de los vecinos paganos de Israel como descendientes de estos otros hijos de Abrahán. Pese a los frecuentes casos de guerras y antagonismos, quedó la memoria de cierta afinidad étnica. Es difícil ahora decir en qué medida hay una base histórica tras estas tradiciones de afinidad étnica.

2.2. *La Nación Israelita*

Jacob, cuyo nombre se cambió por el de Israel (Gn 35,10), fue con sus doce hijos a Egipto por invitación de José. Allí, a través de los altibajos de su vida política, llegaron a ser un pueblo suficientemente fuerte y numeroso para constituir una amenaza para el país de acogida. Su opresión bajo un Faraón «que nada había oído de José» (Ex 1,8) estimuló su sentido de identidad común todavía más que su anterior experiencia de prosperidad y privilegio. Con la aparición de Moisés como caudillo del pueblo, empezó una nueva fase en la historia de los israelitas.

También Moisés, como Abrahán, fue llamado por Dios. Es el mismo Dios de sus antepasados: «el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob», que según Ex 3,13-15 revela su nombre, ahora generalmente escrito «Yahveh». La promesa de Dios de

proteger a Abrahán y a sus descendientes se renovó, por así decirlo, en la maravillas divinas de la liberación del yugo de Egipto bajo el caudillaje de Moisés, culminando en la alianza en el Monte Sinaí. Allí, todavía frescas en sus mentes la memoria de las hazañas divinas de la liberación, la «Casa de Jacob» recibió las promesas de Dios de nuevas bendiciones y se consagró a Dios. «Haremos todo lo que Yahveh ha ordenado» (Ex 19,8). La ley se convirtió así en parte o condición del pacto (Ex 19,15).

Observamos aquí que los descendientes de Abrahán han quedado reducidos a la casa de Jacob, mientras que las promesas incondicionales de Dios a Abrahán son como una base general para la alianza sinaítica y la ley mosaica. Hay, no obstante, una continuidad básica con la historia de Abrahán. El Yahveh del Exodo es el Dios de Abrahán y de los padres. Las gestas divinas en el Éxodo se presentan como las seguridades de Dios de que su promesa a Abrahán no será vana.

Si la promesa que se hizo a Abraham de tener una gran nación puede considerarse sustancialmente cumplida al pie del Monte Sinaí, la promesa de una tierra seguía siendo una esperanza futura. El relato de la «conquista» de la tierra de los canaanitas bajo Josué y los Jueces tenía por objeto mostrar cómo esa promesa se cumplió también. Pero en los libros de *Josué y los Jueces la teología ocupa tanto lugar como la historia*.

Hay datos suficientes para mantener la teoría de que el asentamiento de los israelitas en Palestina fue más una infiltración gradual que una conquista masiva. Se ha sugerido, por ejemplo, que aparte del grupo que salió de Egipto dirigido por Moisés, podría pensarse en:

a) clanes emparentados con Israel que nunca llegaron a salir de Canaán;

b) componentes de algunos posibles anteriores «éxodos» menos numerosos que podrían haber penetrado por el país desde el Sur;

c) pobladores no israelitas que se incorporaron a la caravana israelita de la victoria durante el Exodo, por ejemplo Caleb (Jos 14,6-14);

d) habitantes canaanitas que concertaron tratados pacíficos de asociación con los invasores israelitas, por ejemplo los gibeonitas de Jos 9 y muy probablemente Siquén, sobre la cual no hay tradición alguna de conquista israelita.

La gran asamblea de Siquén (Jos 24) fue decisiva para reunir a estos grupos heterogéneos bajo el estandarte religioso común de Yahveh. Todos ellos replicaron: «Nosotros también serviremos a Yahveh, pues él es nuestro Dios» (Jos 24,18). Todo esto indica que el concepto de «los hijos de Israel» es más difuso de lo que parece a primera vista. Además, significa que, reuniendo ciertas condiciones, siempre era posible llegar a formar parte del pueblo santo de Dios.

Más tarde, cuando Israel se empeñó en «ser como las demás naciones» (1 Sam 8,20) con rey y palacio, templo y casta sacerdotal, funcionarios civiles y ejército permanente, y otros atributos del poder estatal mundano, los límites de Israel se ensancharon para incluir todavía más pueblos y naciones. Esta evolución inevitablemente trajo consigo un descenso del nivel de fervor religioso y de ortodoxia. Se hizo muy difícil mantener unida mucho tiempo a una nación israelita excesivamente extendida. El arduo empeño de no perder fervor con el crecimiento numérico es una experiencia constante de la vida en koinonía.

Las tradiciones sobre el reino de David sostienen que hay una relación especial entre Dios y David. Se trata de un reflejo de la vocación de Abrahán. Dios llamó a David y le prometió: «Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante mí; tu trono estará firme eternamente» (2 Sam 7,16). Pero la elección de David se coloca en seguridad dentro del contexto de la solicitud de Dios por su pueblo escogido. A la larga, lo que importa es el pueblo y las promesas que le ha hecho de Dios.

Esto lo vemos incluso en las palabras del profeta Natán: «Además he preparado un lugar para mi pueblo Israel» (2 Sam 7,10). La legitimidad del rey se basa en el hecho de que el pueblo lo reconoce como pastor escogido por Dios para su rebaño, Israel. La monarquía entraña pues un pacto tripartito entre el rey, el pueblo y Yahveh: «El rey David hizo un pacto con ellos (los ancianos de Israel) poniendo a Yahveh como testigo» (2 Sam 5,3). En Israel, el rey puede reinar únicamente en nombre de Dios. Entre el pueblo, siempre estuvo viva la conciencia de ser herederos de una promesa divina a Abrahán, su antepasado. En esta fuerte base se asentaba el sentimiento de comunidad como pueblo escogido por Dios.

2.3. *La ruptura de la koinonía*

La fragilidad latente del imperio de Salomón se manifestó en el cisma consiguiente a la lucha por su sucesión (1 Re 12). La Casa de Israel se partió en dos reinos rivales y guerreros hacia 930 a.C., para no reintegrarse jamás totalmente de nuevo. Al estar divididos cayeron uno tras otro, fácil presa de las fuerzas invasoras. Debido a su inestabilidad dinástica, el reino septentrional de Israel fue el primero en ser barrido de la escena de la historia mundial. El reino meridional de Judá, gracias a su ideología real basada en la promesa que les había hecho de Dios del reinado eterno de David y su casa, disfrutó de una relativa estabilidad. Pero sólo sobrevivió al reino septentrional alrededor de siglo y medio, derrumbándose después a su vez bajo el peso del poder babilónico.

Los setenta años de exilio en Babilonia resultaron ser también una ocasión para que Dios realizara el milagro de la restauración del sentido de identidad nacional. Junto a los ríos de Babilonia, el pueblo exiliado siguió pensando en Jerusalén (Sal 137) y confió en el Señor para volver a levantar sus muros (Sal 51,18). Los fieles que aún quedaban, mediante la poderosa intervención de Dios, regresaron a la tierra de la promesa para reconstruir la ciudad santa y la nación. «Nos parecía que estábamos soñando» (Sal 125).

La historia de Israel es una permanente lección de lo que significa estar en una relación especial con Dios: sus privilegios y responsabilidades; sus alegrías y exigencias. Confronta la infidelidad humana con el irrevocable compromiso divino de amor y misericordia. Y muestra la fragilidad de nuestras relaciones humanas mientras nuestra actitud ante Dios no sea clara ni congruente. Se trata de las cuestiones más importantes de la koinonía en la comunidad de fe.

2.4. *Llamadas al universalismo*

En conjunto, el pueblo de Israel tendió a restringir el alcance de la bendición de Dios. Los profetas, por otra parte, a menudo recordaron al pueblo que el Dios de Israel es el Dios de todas las naciones y de todo el universo. Los grandes profetas precavieron contra una excesiva complacencia por ser un pueblo escogido (p. ej. Is 22). También anticiparon un futuro en el que no sólo los israelitas, sino todas las naciones del

mundo se reconciliarían con Dios (Is 19,23-25). El libro de Jonás es un vigoroso relato que ilustra al mismo tiempo la preocupación de Dios por los no israelitas y la responsabilidad de Israel de proclamar el amor misericordioso de Dios a todas las naciones.

Paralela a esta línea profética corre la tradición de sabiduría que atraviesa las fronteras nacionales y religiosas. Esa tradición hizo que Israel se abriese a la verdad universal sobre Dios, sobre la humanidad y sobre la creación; sin embargo, en Israel, toda verdadera sabiduría procede de Dios.

Así, a través de estas dos tendencias, las dimensiones universales de la bendición de Abrahán se mantuvieron vivas en cada etapa de la historia nacional de Israel. Las expectativas mesiánicas se elevaron con el paso del tiempo después del regreso del exilio. Estas expectativas siempre incluyeron la esperanza que la promesa de Dios tuviera en el futuro un alcance universal; un futuro en que los descendientes de Abrahán habrían de tener un destino especial.

3. EL DESCENDIENTE DE ABRAHAN

3.1. *Jesús, Hijo de Abrahán*

San Mateo comienza su evangelio con una «lista de los antepasados de Jesucristo, descendiente de David, y de Abrahán» (Mt 1,1). Al hacer resaltar a estos dos antepasados, destaca desde el principio que Jesús es el mesías davídico y el gran descendiente de Abrahán en el que la promesa de Dios debe cumplirse. Abrahán encabeza la lista de los antepasados. Lucas (Lc 3,23-38) establece su propia lista a la inversa, y se remonta más allá de Abrahán hasta «Adán, que fue hijo de Dios». Pero en ambas listas se afirma el hecho de que Jesús es de la estirpe de Abrahán y del linaje real de David.

3.2. *Mayor que Abrahán*

Jesús es no sólo un descendiente de Abrahán; proclama ser mayor que Abrahán. «Antes de que existiera Abrahán, Yo Soy» (Jn 8,58). Es el cumplimiento de las promesas hechas a Abrahán. Lucas, en el himno del *Magnificat* de María, ve que

las grandes cosas que el Todopoderoso ha hecho son según «lo había prometido Dios a nuestros padres, a Abrahán y a sus futuros descendientes» (Lc 1,55). En el mismo evangelio de Lucas, Simeón, llevando en sus manos al Niño Jesús, alaba al Señor, el Dios de Israel,... y ve en Jesús «el juramento que había hecho a nuestro padre Abrahán» (Lc 1,73). La alegría de María porque «de ahora en adelante todas las generaciones me dirán bienaventurada» es un eco de la promesa a Abrahán en Génesis 12,3: «por medio de ti bendeciré a todas las familias de la tierra».

Pedro, en su sermón al pueblo fuera del templo de Jerusalén, recuerda la promesa hecha a Abrahán y declara su cumplimiento en Jesucristo, que fue resucitado por Dios y «enviado... para bendeciros» (Hch 3,25). Dios ha iniciado algo nuevo en Jesús, como lo hizo en Abrahán.

Los Evangelios, especialmente el de Juan, celebraban la íntima relación entre Jesús y su Padre celestial. «El Padre y yo somos uno solo» (Jn 10,30). Por la fe, el creyente es uno con Jesús, y por medio de Jesús con Dios. He ahí el fundamento sublime de la koinonía del Nuevo Testamento. Tenemos ahora una nueva manera de ser herederos de las promesas de Dios a Abrahán en Jesús.

3.3. *Los nuevos hijos de Abrahán*

Pese a su inferioridad política y económica y a su opresión, la comunidad israelita en la que Jesús nació estaba orgullosa de su ascendencia espiritual. «Nosotros somos descendientes de Abrahán» (Lc 3,8; cf. Jn 8,39) era una fórmula común de orgullo étnico y religioso. Jesús mismo afirma la dignidad a la que tiene derecho un descendiente de Abrahán, sea una «hija de Abrahán» (Lc 13,16) o un «hijo de Abrahán» (Lc 19,9). Pedro dijo a los «hombres de Israel» en el pórtico del Templo: «Sois también herederos del pacto hecho por Dios con nuestros padres», a través de Abrahán (Hch 3,25). Incluso Pablo dedica un largo pasaje de Romanos a demostrar que los judíos son todavía el pueblo elegido (Rom 9-11).

Pero no es eso todo. *La vinculación de sangre no es el factor decisivo*: «Porque os aseguro que incluso de estas piedras puede Dios sacar hijos de Abrahán» (Lc 3,8). El largo y acalorado debate entre los judíos y Jesús en Jn 8,31-59 tenía

por objeto precisar que sin la fe, de nada vale la vinculación por la sangre a Abrahán (véase también Romanos 9,6-8). Por otra parte, los que siguen el ejemplo de fe de Abrahán y aceptan a Jesús, se hacen herederos de las bendiciones de Abrahán. Estas bendiciones se dirigen a todos los pueblos de la tierra (Gn 11,3). Por esta razón el mensaje de Cristo debe predicarse a todas las naciones: «Id, pues, y haced mis discípulos a todas las gentes» (Mt 28,19). Así, la atadura de la comunidad cristiana de la gracia abarca a toda la humanidad, más profunda y extendida que la de la identidad israelita del Antiguo Testamento.

4. ABRAHAN Y EL «ECUMENISMO MAS AMPLIO»

4.1. *Abrahán y la unidad cristiana*

En nuestra etapa actual del peregrinaje ecuménico, es justo que hagamos frente con realismo y serenidad a los factores que mantienen a la familia cristiana en un estado de división escandalosa. Al mismo tiempo, debemos celebrar las cosas que tenemos en común. Todos compartimos la herencia espiritual de Abrahán: renovada, profundizada, ampliada y radicalmente transformada por el Señor Jesús, como vemos en las tradiciones y enseñanzas del Nuevo Testamento. Habiendo reflexionado sobre Abrahán, su fe y el impacto de esa fe en sus descendientes directos, hay algunas lecciones básicas que podemos y debemos aprender en nuestro deseo de merecer la bendición de vivir en comunidad unos con otros en Cristo. Hemos destacado algunas en los capítulos anteriores de este trabajo. Otras aparecerán al continuar el debate y la reflexión. Todos somos hijos de Abrahán.

4.2. *El ecumenismo más amplio*

La koinonía no puede tratarse como un asunto exclusivo de los cristianos en sus relaciones internas. La gracia divina de la comunidad es para todos. Tal vez si nos percatáramos mejor de la profundidad de la interpelación en esas dimensiones más amplias, tendríamos más valentía y más incentivo cristiano para promover más vigorosamente la koinonía dentro de la Iglesia y entre las iglesias. La humanidad ha sufrido

mucho como consecuencia de las divisiones de tipo religioso. Debemos explorar y aprovechar todas las oportunidades que ofrece la religión para acercar más a las personas.

El mayor de estos factores es precisamente la fe en Dios, Padre de todos. La trágica paradoja es que muchas guerras se han promovido «en nombre de Dios». No por eso, sin embargo, debemos dejar de buscar la justicia, la paz y el amor «en nombre de Dios».

La personalidad y el patrimonio religioso de Abrahán pueden ser un vínculo de unión entre las tres grandes religiones monoteístas: Judaísmo, Cristianismo e Islam. En todas ellas ocupa un lugar especial Abrahán como hombre de fe.

4.3. *La estirpe de Abrahán*

La estirpe directa de Abrahán pervive y se desarrolla hoy en la raza judía; de esa raza, «en cuanto a lo humano, vino el Mesías» (Ro 9,5). Aunque sólo sea por esa razón, la comunidad cristiana no puede ser indiferente a sus relaciones con la actual comunidad judía. La historia pretérita de las relaciones judeo-cristianas revela que las enormes consecuencias del lugar que ocupa Abrahán para ambas comunidades no siempre han sido suficientemente apreciadas. Hoy se hacen mayores esfuerzos por mejorar las relaciones sobre una base religiosa. Los imperativos de la fe neotestamentaria exigen que los cristianos no vacilen en tomar iniciativas y ofrecer la mano de comunión. Muchas iglesias, entre ellas la mía, disponen de cauces de diálogo bien articulados con la comunidad judía. Esto es como debía ser. Un mayor diálogo entre las iglesias con miras a este otro diálogo con la fe judía puede redundar en beneficio mutuo para todos los interesados.

4.4. *La comunidad islámica*

En muchas partes del mundo, las relaciones cristiano-musulmanas plantean graves dificultades para la paz y la unidad nacional. La personalidad espiritual de Abrahán es un terreno de convergencia parcial pero importante entre ambas religiones.

Por supuesto, no podemos pasar por alto la diferencia básica entre el Islam y el Cristianismo: es decir, la persona de

Jesucristo. Al rechazar la divinidad de Cristo, el Islam rechaza la base misma de la fe cristiana. Hay poco margen para el diálogo sobre este punto.

Además, incluso en las cuestiones en que hay analogías, tales analogías a menudo se combinan con importantes diferencias. Abrahán es un caso ilustrativo. En el Corán, Abrahán es mencionado en unos 245 versículos. Se le llama el «amigo de Dios» (*Khalil Allah*), y es celebrado como el primer «sumiso», es decir, el primer «musulmán» (Corán 3,67).

Pero hay muchas diferencias importantes entre los retratos bíblico y coránico de Abrahán. En el Corán, no hay mención alguna de la tierra y la posteridad. Ismael, más bien que Isaac, es el hijo del sacrificio. La mayor diferencia es teológica: mientras que en la Biblia Dios busca y encuentra a Abrahán, en el Corán es Abrahán el que busca y encuentra a Dios. Sin embargo, en uno y otro caso hay una decisión personal, de fe, pues pone su suerte en manos de Dios, abandonándose a El. Así, el mismo Abrahán une y divide a cristianos y musulmanes. Pero podemos decir que une más de lo que divide. La Iglesia católica francesa publicó hace algunos años un folleto para presentar el Islam a los cristianos desde una perspectiva positiva con miras a un diálogo fecundo. El folleto se titulaba oportunamente «Tous fils d'Abraham»: Todos hijos de Abrahán.

4.5. *La tierra prometida a Abrahán*

La tierra prometida a Abrahán y a sus descendientes es hoy una tierra de conflicto y violencia. El conflicto parece básicamente político y racial. Pero hay una evidente dimensión religiosa. Las tres religiones monoteístas están implicadas. El conflicto árabe-iraelí no es simplemente un asunto de judíos y musulmanes. Hay una numerosa comunidad árabe cristiana que comparte el destino político de sus hermanos árabes musulmanes. Esta comunidad árabe cristiana es a menudo olvidada en los círculos cristianos. Sabemos que hay también unos pocos judíos cristianos. Aunque sean pocos, su existencia misma tiene una gran significación simbólica.

Las tres religiones ven a Abrahán de maneras más o menos diferentes. Pero Abrahán sigue siendo un símbolo religioso común reconocible con gran fuerza para la reconciliación y la paz. Aquí de nuevo, es grande la responsabilidad de las

comunidades cristianas en esta región; tal vez mayor que su número y su influencia. Estas comunidades tienen, por lo menos, una clara perspectiva de la promesa hecha a Abrahán como dirigida a todos los pueblos. Y si es para todos los pueblos, sin duda es para todos los que viven en la tierra de la promesa de Dios.

CONCLUSION

Vivimos en un mundo desgarrado por todo tipo de divisiones y discriminaciones, rivalidades y pendencias, choques y conflictos. Las líneas de estas divisiones se entrecruzan formando toda clase de marañas. El hermoso mundo de orden y armonía creado por Dios y perturbado por el pecado gime todavía en espera de su restauración y reconciliación en Cristo.

En esta Conferencia Mundial, nos preocupan las divisiones y la desunión dentro de la grey cristiana. ¿Cuál es el objetivo último de nuestra búsqueda de unidad? Ciertamente no es tan sólo sentirnos en cálida y confortable compañía entre nosotros. El Señor oró por la unidad de sus seguidores «para que el mundo crea» (Jn 17,21) que en Jesús está el camino de la reconciliación y la paz. La *koinonía* en la Iglesia es para el mundo: este mundo que Dios amó, y ama, tanto (Jn 3,16). El proyecto divino llamado la Iglesia no es un fin en sí mismo. No es nada si no es un signo y un instrumento del Reino de Dios en la tierra. Nuestra tarea debe ir más allá de entrar en contacto unos con otros.

En otro nivel, podríamos también preguntar: ¿Cuál es la calidad de la *koinonía* que decimos vivir ya en nuestras diferentes comunidades cristianas? Cristianos, incluso de la misma denominación, están divididos y separados también por distancias sociales, económicas y políticas. En concreto, ¿qué significa la *koinonía en la vida* para una comunidad cristiana que está tan dividida como el resto del mundo en ricos y pobres, poderosos y débiles, libres y aherrojados? Después de vivir en esta hermosa y conmovedora «comunidad» que formamos aquí en Compostela, nos dispersaremos dirigiéndonos hacia nuestros respectivos rinconcitos. ¿Nos quedaremos allí y seguiremos haciendo todo como de costumbre? ¿Hasta qué punto sabremos juntar las manos en una *koinonía de testimonio* en favor del reino de Dios de amor y paz?

Jesús vincula a Abrahán con la escatológica comunidad de comensales en su futuro reino en el que serán admitidos todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Reclinándose en el «seno de Abrahán» en ese banquete escatológico estarán no sólo el pobre y paciente Lázaro (Lc 16,22) sino también «muchos de Oriente y Occidente». Entonces tendrá su pleno cumplimiento la promesa a Abrahán. Nuestra koinonía en la fe, la vida y el testimonio tendrá entonces su plena realización.

Mons. JOHN ONAIYEKAN
Obispo católico de Abuja, Nigeria.